

GOLPE AL CAPITOLIO II

Por: Adrián Sotelo Valencia

Estados Unidos no es una democracia, sino una *oligocracia* con poder extenso e ilimitado para el ejercicio de la violencia.

A pesar de que en los medios internacionales, en la opinión pública de Estados Unidos, en una buena parte de los medios corporativos de comunicación, como CNN, y de especialistas e intelectuales liberales o moderados, priva un sentimiento de descompresión del ambiente violento y fascista con la salida del magnate de la Casa Blanca, no se debe perder de vista que ese país funciona bajo un sistema capitalista a la par de ser el líder indiscutible del imperialismo occidental encabezado por las fuerzas de derecha y ultraderecha que comparten intereses geopolíticos comunes y cuyo objetivo estratégico es el de mantener su dominación global.

Es en este horizonte panorámico y crítico que finalmente llegó el tan deseado día de la investidura del demócrata Joe Biden como el 46º presidente de Estados Unidos, mientras se escurría por la puerta trasera de la Casa Blanca el saliente Trump amenazando rabiosamente al exclamar en su despedida: "...el movimiento que comenzamos sólo acaba de empezar, nunca ha habido nada semejante", y sentenció: "...volveremos de alguna forma" (¿violenta, fraudulenta, legal?), pero seguramente al basurero de la historia.

En un contexto que no podía ser más crítico con 25 mil soldados acantonados en Washington como si estuvieran en un estado de preguerra defendiendo el Capitolio que fue atacado por las fuerzas supremacistas de Trump; enmarcado en la crisis de la pandemia del coronavirus —que nuevamente el presidente saliente volvió a calificar de "virus chino"— con más de 25 millones de casos, de los que 9 millones 607 son activos y con un saldo de muertes de 415 mil 543 personas por encima de los 406 fallecidos de ese país en la llamada Segunda Guerra Mundial, y varias veces los 65 mil soldados caídos en Vietnam o los 70 mil de la Guerra Civil del siglo XIX. Esta es la tragedia, no para la clase dominante acomodada y privilegiada, sino para la gran mayoría de la población estadounidense inerte ante la crisis económica, los millones de desempleados; el incremento de la pobreza y de la miseria, la inmigración y el racismo supremacista alimentado por los gobernantes y las clases sociales burgués-imperialistas beneficiarias históricamente por los dos partidos dominantes: el demócrata y el republicano que, cada cuatro u ocho años, se alternan y reparten el poder.

El discurso de entrada de Biden, enmarcado en el slogan: "América Unida" —en contraste con el distópico "América first" de Trump— de "unidad de los estadounidenses para enfrentar "enemigos externos", no deja de ser el clásico discurso imperialista enmarcado en la definición que el mismo expresidente James Cárter dio de su país: una "oligarquía con capacidad ilimitada para sobornar". Y no hay mejor pretexto para este soborno político-institucional que la "unidad". Respecto a esto último, es sintomático que, tras la asunción de Biden, los expresidentes George W. Bush, Barack Obama y Bill Clinton se reunieron ante los medios de comunicación para hacer un llamado a la "unidad de los estadounidenses" y "dejar atrás" la "grieta" producida por el régimen de Trump. Evidentemente que esto apunta a un intento de "saldar" los problemas y asuntos internos para proyectarse sobre los múltiples asuntos y problemas que enfrenta Estados Unidos en el exterior.

Si hubiera que sintetizar la característica central del nuevo gobierno demócrata diríamos que es de “ruptura-continuidad”, por lo menos, en el discurso formal. Ruptura porque, aparentemente, el discurso más suave de Biden, coincidente con su rostro afable y sereno, se aleja, en el imaginario social, del racista, machista, xenófobo, misógino y supremacista de su antecesor, enfatizando en su primer discurso “la unidad” y el “triumfo” de la “democracia” dirigido, sobre todo, a un público doméstico encarnado en los extendidos contingentes provenientes de la migración, de la población negra, de los hispanos y afrodescendientes, así como de la empobrecida clase obrera “blanca” (que apoyó hace cuatro años al demagógico Trump). Continuidad, porque no se trastocan las bases político-institucionales del capitalismo estadounidenses salvaje y rapaz y de su régimen político oligocrático electoral, autoritario y bipartidista que excluye al pueblo para conferirle el poder decisorio del voto a un reducido número de funcionarios y burócratas del Colegio Electoral al servicio de las élites privilegiadas y de las clases sociales dominantes beneficiarias de las políticas públicas que han privado históricamente en ese país.

Ciertamente que los cambios más visibles se darán en el ámbito doméstico, en asuntos como la pandemia, que va a incluir el uso obligatorio de mascarilla en espacios públicos y en oficinas federales, además de los pasajeros que pretendan entrar al país deberán de usar mascarilla, realizarse una prueba Covid-19 y permanecer en cuarentena luego de su ingreso; ayuda a los millones de desempleados que cada día crecen exponencialmente (se habla de más de 40 millones de personas); expedición de órdenes ejecutivas que reviertan algunas de las genocidas medidas impuestas por Trump y sus violentos halcones neoliberales como, por ejemplo, la continuación de la construcción del muro de la ignominia con México, los intentos de disolver a los dreamers y desaparecer el programa llamado DACA (“Programa de Acción Diferida para los Llegados en la Infancia”), cuyos beneficiarios en los hechos ya son norteamericanos, y otras políticas racistas y xenofobas contra los trabajadores indocumentados, como la separación inhumana de los niños de sus padres, la inmigración, particularmente la proveniente de Centroamérica y de México y construir las bases para su futura legalización. También hay indicios de que, ante el autoritarismo informativo y comunicacional de Trump, el régimen de Biden respetará la libertad de prensa y establecerá una suerte de conferencias “mañaneras” al estilo mexicano, aunque no se aclara si con la participación del presidente o mediante algún representante.

En el plano internacional, si bien Biden firmó una primera orden ejecutiva para retornar al Acuerdo de París sobre cambio climático, y anunció que lo haría también para regresar a la OMC y a la OMS, ambos organismos abandonados sin sentido por el magnate blanco.

Sin embargo, en política de agresiones imperiales, el nuevo gobierno no quita el dedo de la llaga. Como dijo el presidente Nicolás Maduro en un discurso televisivo: “Se va Trump, pero el imperio se queda”.

Además de mandar un intolerante y desafiante mensaje al gobierno venezolano mediante la presencia de un presunto “embajador” de pacotilla del inefable y usurpador sr. Guaidó nombrado por Trump, la mira sigue puesta contra potencias de porte nuclear, como China y Rusia, consideradas por los dos partidos dominantes norteamericanos como enemigos y rivales a los que hay que derrotar para intentar restituir su cada vez más alicaída supremacía y el rimbombante “excepcionalismo norteamericano” en decadencia.

En ese tono se han pronunciado varios miembros de su recién nombrado gabinete “multiétnico y de género” —(32% mujeres; 45%, minorías y con una edad fluctuante entre 45 y 65 años)— como por ejemplo el nuevo Secretario de Exteriores, el sr. Antony Blinken, Exviceconsejero de Seguridad Nacional, al referirse a China y Rusia como “Estados Autoritarios” (para este tema véase el artículo de Atilio Borón, “Joe Biden en la Casa Blanca: ninguna ilusión”, La Haine, 20 de enero

de 2021, en: <https://www.lahaine.org/mundo.php/joe-biden-en-la-casa>) y al considerar que China constituye un serio rival para lo que habrá que construir una fuerte alianza regional con gobiernos afines a Estados Unidos con el objetivo de (intentar) frenarla para mantener y/o reimponer sus intereses estratégicos y militares, con ayuda de la OTAN, incluso, contra otras naciones soberanas como Irán, Corea del Norte, Venezuela, Cuba, Nicaragua o Bolivia en América Latina.

Por lo que todo parece indicar que esta va a ser la política seguida por Biden en relación con esas potencias (China, Rusia). Aunque con otras modalidades, lo mismo que con otros países “calientes” como Irán, Siria, Venezuela, Cuba y Nicaragua. En una palabra, el imperio del mal “unificado” contra gobiernos, naciones y pueblos soberanos en un mundo policéntrico y multilateral que habrá que esperar para saber si la nueva administración norteamericana está dispuesta a reconocer o negar como lo hizo Trump siguiendo el ejemplo de sus antecesores desde Ronald Reagan.

Mientras tanto, la historia sigue su inexorable y complejo curso en medio de la brutal crisis civilizatoria del capitalismo mundial y planetario y del flagelo de la pandemia que amenaza a la humanidad. En este entorno político, social y geoestratégico habrá que ver si con la salida de Trump junto con su garrote, y el retorno a la vieja política demócrata de Obama, Biden gobernará con la zanahoria, pero si abandonar las políticas del garrote cuando sea necesario aplicarlas contra los adversarios que Estados Unidos considere que amenazan su debilitada hegemonía y su dominación global.